

37'3 con Celosa y Flor

Lunes, 6. 1 y 15 de la tarde

¿QUE decís de circo, que te hable de circo? ¡Ufa! Hasta pasado mañana podíamos estar acá en estas dos camas y verías.

Pero bueno, ahora que no ando tan cansado... Porque de eso sé todo.

Cuatro.

En cuatro circos anduve allá, así que vos verás.

Sí que estoy mucho menos cansado. Y fresco, casi sin fiebre. Yo lo noto. Sin el termómetro lo noto, sin nada. Sólo los... esperate, aay... los coagulitos todavía. Ya ayer no me hacían mal, pero esta mañana otra vez, mmm. Y ahora. Menos, eso sí, duelen menos. Y más de a poco. Pero lo bueno es la temperatura, che, 37'3 desde anoche, y que ahora tendré lo mismo, esas decimitas. Casi nada.

Lunes, ¿no es? El jueves, el jueves o el viernes es a lo mejor cuando me dan de alta, mirá.

Y bueno, andar no voy a tener que andar mucho. Aparte de que vendrá Meli, mi casa queda ahí a la vuelta, ya te dije. Como yendo a Puntales. De aquí a tres cuadras, creo. ¿Qué?: ah, claro, me gustaría más estar en el Hospital viejo, en el Mora. Y vivir allá abajo, ¿pero cómo no? De murallitas para adentro no más, en lo sabroso. Por donde anduve de pibe. ¿Yo?... me sacaron chico de acá, con diez años, y del cogollo mismo del barrio La Viña, enterate. De la calle Trinidad, al costado de la panadería. Y es lo que me gusta. Todo aquello.

Lo que pasó es que ahora tuve que venirme a ésto, que querés, acá en Puerta Tierra está lo de la nieta, lo de los dos sobrinos grandes, está todo. Por ellos me vine de Buenos Aires, pero sin querer pesarles, ah no. Sin joder. Me volví por ellos y por quedar cerca de mi mama ya cuando m'echen pa la Quinta'l Ñato. El Patio de las Malvas que le dicen acá, ¿no? O, bueno, que le decimos. Porque yo también soy como ustedes. Gaditano.

¿Ma qué del habla, y cómo no la voy a tener el habla? También digo cosas de acá, las dije siempre porque soy de acá. Pero cómo no voy a hablar porteño, con cincuentisiete años de Argentina... no: cincuentiseis, y uno en Chile. Justo el año que pasé la cordillera con el Circo de París. Bueno, de París no era más que Renata la mujer del dueño, mirá.

De marzo a marzo estuvimos.

Y antes le dieron muchas vueltas. Se lo pensó mucho el Circo de París lo de pasar a Chile, con todo y animales; mover afuera un circo así, ah, es mucha plata y mucho riesgo ese. Te las jugás todas, che. Así que a mí, que era el Banco Nacional, me traían loco, yo era el de los números y las cuentas. Y ellos, duro, Di Caro y la mujer, la Renata: «*Justino, ahora mirá por cuánto sale si llevamos este número dejando acá este otro. Justino a ver cómo está la plata chilena al cambio, no nos paguen a centavo el peso. Justino, qué te parece a vos de ir allá, ¿vamos o no vamos?*» Hasta me hacían estudiar el mapa de Chile, me hacían.

Luego se decidieron, tiraron p'alante, como decís acá.

Y no fue mal. No fue nada mal, quitando la macana aquella del Gran Markoff. Pero se ganó guita en Chile, no sé por qué ya no volvimos nunca más: la gorda, la fransesa, que andaba siempre con los miedos. Por eso no volvimos, ahí está la madre del borrego, los miedos de la gorda Renata (¿me alcanzás ese vaso de agua?). Y sí... con lo del Gran Markoff, bueno, sí, que se asustara ella. Porque aquello costó. Costó una buena plata de días perdidos y de facturas de hospital, ahora te cuento. Pero eso, ni Chile ni nada, eso igual nos hubiera pasado en cualquier lugar, pobre tipo.

En Antofagasta le pasó, me parece, o cerca. Donde los mineros del salitre o del cobre.

Y ya se lo tenía dicho yo, oí esto; yo no entiendo de lo del Gran Markoff, cómo voy a entender de ese laburo. Pero me dio el barrunto y hasta se lo dije al Di Caro. Y al Markoff mismo dos veces:

—Mirá, polaco, no te me hagás el piola y escuchame, que esa no te quiere bien. La oscurita no te quiere bien.

La Celosa... Le había puesto yo La Celosa, y a él no le hacía gracia: «*jno!, ¿celosa pog qué, pog qué?, se llama Linka*»; era rumano el Gran Markoff. Pero yo le había visto bien los chinchulines a La Celosa. La más mansa, la más obediente en el aro y en el baile del final, y te juro a vos que yo la veía como a esas minas lindas, sonsas, y que luego te largan la puñalada.

Pero la más domadita, la mejor, seguía siendo La Celosa, sobre todo en el baile del final, ya con los otros leones más fatigados y más inquietos para ese esfuerzo: un vals criollo y todos los animales parados, bailándolo con las manos en alto antes de irse por el túnel, que enseguida salían tam-

bién por ahí a cuatro patas los payasos remedándolos y remedando a su amo, al Gran Markoff.

¡Bien alto el polaco!: hasta a los leones en el vals criollo les sacaba la cabeza, ya ves si era grande... Disculpá, ¿no ha pasado ahora el doctor más joven, el de la barba? Por si él me sabe decir... mm... o la enfermera jefa, la morocha, cuándo van a dejar de joder estos coágulos... Y si el jueves o el viernes me dejarían ir a casa.

Pero bueno, ya lo sabré todo, no voy a estar acá como un pibe malcriado, a las quejitas y a marear. Y porque les pregunte a ellos, tampoco voy a salir de acá después o antes, ¿qué?, ni me van a sacar todo esto, los goteros, las sondas, sino cuando lo diga el capo. El doctor Flores.

Disculpá, che, a ver en dónde estábamos.

Sí, en que no perdió plata el París en Chile, pero eso ya te lo dije. Al revés, se ganó. Bien que se ganó.

Te estaba diciendo lo de La Celosa. Lindo animal, mirá vos.

Algo más oscurita de pelo que los otros cinco leones, así tirando a caramelo tostado... linda. Pero yo me la juné a fondo, vaya a saber por qué la tenía calada. Fijate: esa leona también le obedecía en todo al Markoff no más mirarla, pero, ah, algunas veces que se le acercaba el polaco levantaba medio labio de arriba, bien remangadito, así un sube-y-baja rápido sin mover lo demás del hocico y mostrando un colmillo nomás, como si se lo limpiara ese colmillo de un estorbo o lo hiciera por juego, hasta riéndose. Pero no me gustaba, mirá vos, sin entender ni ser domador a mí no me gustaba aquello. Y yo, métale sermón al hombre:

—Andáte con ojo, che, ¿pero no estás viendo lo que hace, ruso'e mierda?

Y el Markoff me miraba de arriba, de grandullón que era el pobre tipo:

—No, no, gallego, yo sé. Es que contenta, contenta. Eso es contenta.

Hasta que se echó encima en Chile la noche aquella de nieve y viento, ¡ufa!

Nadie. Nadie en el circo había visto antes ese bochinche. Ni por el lao de Mendoza, que allá esos Andes soplan a ratos de lo mismo... Se nos murió un mono de los grandes, el mejor. Y, ya después de almorzar, fue matarse. La pucha... Hubo que tapar las cuadras, las jaulas, y retirar otra vez casi todas las lonas porque las abombaba y se las llevaba el aire jodido, esos soplos malos de la cordillera que ni sogas ni nada, como si el ventarrón fuera a arrancar de sus estacas hasta la lona grande y echarla a volar con la nieve pa los cerros. Y aun así, mucho más de medio circo teníamos vendido para esa noche, ¿te lo creés? Unos tres cuartos y, a última hora, más; ya se llenó casi del todo, y eso que llevábamos allá en esa soledá pelona diez doce días. Pero siempre, mucho público. Mucho.

Una cosa rara, con toda la pobreza aquella. Y que es gente que no hay quien la mueva, dicen.

Pero venían, mirá. Con el circo nadie sabe qué les pasó.

Venían haciendo sacrificios y hasta de lejos, como pibes curiosos. Mineros, indios, familias del campo y de los cerros con criaturas chiquitas. Sería por distraer la miseria una vez en la vida, no sé, y a ver lo que, seguro, ya no iban a ver más. Acampaban a la vista del circo, no nos lo fuéramos a llevar, y Di Caro tuvo que vender los boletos hasta de dos y tres días antes. Algunas mujeres se acercaban a pedir algo, con su hombre sombrero en mano. Cualquiera cosa pedían, un fósforo, un poco de sal, una cuerda, agua. Y al pedirla nos mostraban el boleto que ya habían comprado para una función, a lo mejor de ahí a tres días; lo mostraban mansamente, ya me acuerdo, pero también como si fuera un mérito. O un derecho a que les diéramos lo que venían a pedir.

Y aquello era ya una toltería, un campamento grande con el circo en medio, ahí se hacían ellos sus comidas, todo, y pasaban las noches malas y las madrugadas piores, esas en las que cae la camanchaca, un rocío en yelo que ni agujitas y alfileres, los días y las noches esperando ellos la hora de entrar a su función (mujeres venían menos) y sentados en tierra alrededor del circo con sus cobijas y sus ponchos, encendiendo fueguitos cara al circo y oyendo los aplausos, las músicas de las otras funciones.

Sin ninguna bronca de alcohol en todo el tiempo, fijate, que los mineros y los salitreros aquellos se las echan bien bravas, yo sabía.

Pero el circo fue para ellos como una iglesia, eso nos dijo un tipo raro de Antofagasta, seco con todo mundo pero en cambio bastante chupamedias el tipo con Di Caro. Un hombre blanco del todo, sin gota de indio aunque, lo mismo, en la miseria, que echó una mano en el laburo y sabía unas poesías de flores bien lindas. Le decían Amelio y si me acuerdo del nombre es por el de mi nieta, Meli.

Eso del circo como iglesia se lo conté yo a la Renata, a la gorda, y, «*esta bien, Justinó*» por una vez no me porfió aquella sobradora. Y también me dio cancha, mirá, en que mientras quedara un sitio, fuera o no fuera la función de ellos, dejáramos entrar al circo a los que ya tenían boleto para cualquier día, que así se iban antes a su pueblo o a su mina: una cosa buena para ellos y para nosotros por si iban llegando más, que llegaban. No aflojaron ni cuando las nieves y el vendaval que te digo, ese día ¡tan oscuro! Y corto. Anocheció volando y, cuando bajaba un poco el ventarrón, con tanta gente allá alrededor escuchabas de afuera los llantos de las criaturas.